Relatos

Eliana Ramirez Flores

Capítulo 1

Jacinta

Jacinta tenía setenta y pico primaveras, hace más de diez años que vivía sola en la vieja cabaña.

–Hoy voy a tener visitas –decía en voz alta cada mañana al despertar.

Ansiosa limpiaba de canto a canto, trataba en vano de deshacerse del polvo, este siempre se colaba por las ventanas o rendijas. A la hora del almuerzo acomodaba tres platos uno para ella, otro para su hija y otro para su yerno. La hora pasaba mientras ella comía: uno, otro y otro pan más remojándolos en su sopa. En silencio suspiraba y guardaba todo. Acostumbraba a tomar una siesta antes de rezar el rosario, recién conciliaba el sueño cuando escuchó el crujir de las hojas secas que estaban desparramadas en el jardín, como si alguien caminará sobre ellas. Animada se levantó de la cama estaba por abrir la puerta cuando esta se abrió de un empujón, un viento fuerte atravesó la casa provocando que el florero se cayera de la mesa. Lejos de sentirse alterada Jacinta sintió un pequeño brote de felicidad al escuchar a los pajaritos silbar en coro, aquel silbido le hacía recordar sus años de infancia cuando le gustaban trepar los árboles más altos que encontraba en el camino. Se quedó dormida apoyada en la mesa, ahí la encontraron más tarde los vecinos.

Capítulo 2

La Manzana

Un martes en la mañana, el despertador no funcionó, es decir la mamá de Camila se quedó dormida. La mochila no estaba lista, arreglarse para el colegio fue un correteo de última hora, y el desayuno era jugo de papaya con grumos, muchos grumos. Camila odiaba el jugo de papaya y ahora le gustaba menos con los grumos, pero aquella mañana por más objeciones que hizo, tuvo que tomárselo.
Más tarde, en el colegio, mientras la profesora explicaba sobre el sujeto y el predicado, Camila sentía un pequeño dolor en su cuello. Durante los primeros 30 minutos trato de no darle mucha importancia, pensó que era una picadura, y lo mejor era no tocarlo, pero por más que se decía que no debía tocarlo, sin darse cuenta sus dedos comenzaban a rascar su cuello.
Al llegar el cambio de hora, en sus diez minutos libres, le mostró su cuello a su compañera de carpeta.
-Pero qué tienes ahí –dijo Aurora asombrada al ver el cuello de Camila.
-Es una picadura -dijo Camila.
-Eso no es una picadura
- ¿Qué es?
-Eso es la manzana, te está saliendo la manzana de Adan.
Camila se apresuró a ir al baño, y ahí en el espejo, vio que su picadura se había convertido en una pelotita roja.
En clases, cuando volvió a su sitio, sus compañeros se le acercaron, querían ver la manzana de Adan.
-Yo no quiero esa manzana –decía Camila con voz chillona apretando la pelotita, pensando que quizás así dejaría de crecer, pero entonces sintió que palpitaba y
- ¡Ah! se mueve –dijo sorprendida
Todos estaban tan distraídos con Camila que no se dieron cuenta cuando la profesora de historia ingresó al salón.
-¡Buenos días! –dijo en voz alta y todos volvieron rápido a sus sitios.
Los cuchicheos comenzaron, hablaban de Camila y de su manzana. La profesora pidió silencio, se acercó a Camila, estiró su mano y le levantó el mentón para observar mejor.
-Sólo es un grano –dijo-, esta así de grande y rojo porque no has dejado de tocarlo…
Camila quería decirle que el grano, que la manzana… tenía un gusano que se movía, pero la profesora la interrumpió para pedirle que por favor borrara la pizarra.
Camila se levantó y cogió la mota y al ponerla sobre la pizarra con fuerza, levantó un polvo de tiza y empezó a estornudar, una y otra vez… salud, salud, salud, decían algunos de sus compañeros.
- ¡Miren, una mosca salió de su boca! –grito Aurora señalándola con el dedo.
Camila había dejado de estornudar, todos la veían asombrados, una

mosca volaba en el aula, voló cerca de las ventanas hasta que encontró una abierta y se perdió de la vista.
Al final de las clases Camila tocó su cuello, la pelotita casi había desaparecido y ya nada se movía. Ahora estaba decidida, no volvería a tomar jugo de papaya

Capítulo 3

La Comida

Zo la mosca, se pasea divertida dando pequeños zumbidos: “rurrur, rurrur”. Está comiendo un poco de ese dulce que dejaron caer sobre la mesa cuando de repente pasa una corriente de viento y siente un golpe ¡le han dado con la matamoscas! Ha quedado muy herida, adolorida se queda quietecita en la patilla de la ventana.

-¡ayuda! Por favor ayúdenme –dice con sus últimas fuerzas.

Un grupo de hormigas se acerca y empiezan a jalarla ¡hay esperanza! Zo está agradecida y piensa en la posibilidad de sobrevivir. Otro grupo de hormigas se acercan por el lado contrario y también la jalan, con horror Zo descubre que las hormigas en realidad la quieren de ¡comida! Ya no le quedan fuerzas para resistir entre tanto jaloneo siente un dolor agudo, una de sus alas se ha roto y ella cae al vacío.

Capítulo 4

Luna

Cuando despertó se encontró tiesa con sus músculos adoloridos. El aire se sentía denso, respiró hondo y trató de incorporarse, no podía porque estaba atrapada en una caja, atrapada en la oscuridad. Hacía frío, mucho frío y ella no dejaba de tiritar. "¡Ayuda!" dijo y apenas un susurro salió de su boca tan inaudible que ni ella misma lo escuchó. Ya no podía hacer nada, concluyó... cerró los ojos con fuerza, arrugándolos, esperando que sus suspiros desaparezcan. Quizás pasaron segundos u horas, abrió los ojos y volvió a sentir el frio intenso y sus músculos adoloridos, aún no podía moverse. Se concentró en sus pies y consiguió levantarlos, poco a poco sus movimientos se hicieron fuertes y empezó a patear la caja. "Quiero salir de aquí", repetía mientras seguía pateando, su voz inaudible de repente retumbo en un eco. Estaba en su habitación, se levantó de la cama, salió al balcón, la calle estaba a oscuras y ella contempló la Luna, estaba inmensa y se veía más hermosa que nunca.

Capítulo 5